

ARXIU HISTORIC  
DE LA CIUTAT DE BARCELONA  
HEMEROTECA

# **AYER y HOY del carlismo**

la trayectoria histórica del partido  
más antiguo de españa



« Ayer y hoy del Carlismo » es el primer número de la serie « Cuadernos IM », dedicada al tratamiento en profundidad de temas de actualidad política y de planteamiento ideológico del Partido Carlista. El objetivo de estos cuadernos es, pues, superior al de la publicación periódica IM, por cuanto han de servir como documentos de estudio, de trabajo y de confrontación a nivel interno y externo del Partido.

Los trabajos en preparación, que se irán publicando dentro de la serie « Cuadernos IM » se refieren a regionalismo en España, la revolución socialista en Cuba, los nuevos presupuestos y la carestía de la vida, los escándalos económicos del régimen, etc.

# AYER Y HOY DEL CARLISMO

España se encuentra ya en la hora cero de su identidad política como nación moderna y democrática.

Después del fascismo, queda casi todo por hacer. Es evidente que esto se realizará en función de lo que ya se está haciendo en esta España subterránea, popular, desconocida que mañana será quizá decisiva para Europa y que ahora se encuentra en lucha permanente contra el estado franquista. Precisamente porque no comparte las formas políticas de Europa capitalista, la España subterránea y perseguida se puede permitir ponerlas en tela de juicio y elaborar así las bases de un futuro socialista, en solidaridad con las fuerzas populares que presentan batalla al liberalismo económico en todo el continente.

En España, el paso, el salto que representará el fin de la dictadura y el nacimiento de una nueva era, no es ya el angustioso abismo de las décadas cuarenta y cincuenta.

La lucha popular se desarrolla por parte del pueblo español en todos los sectores de la sociedad. Y los partidos populares son los que juegan un papel más importante en esta lucha por la libertad, porque sus militantes forman parte del auténtico pueblo. El empuje político debe partir, por tanto, de estos partidos de masas, imparable fuerza política popular.

Entre estos partidos, que constituyen el frente de lucha democrático y revolucionario, se encuentra el Partido Carlista.

## EL PARTIDO CARLISTA. ANTECEDENTES.

El Partido Carlista es quizá el partido más contradictorio de la España contemporánea y es, por tanto, profundamente significativo de su Historia, puesto que ha experimentado en carne propia los conflictos que la han desgarrado. En la medida en que existe como fuerza moderna, que ha superado esas contradicciones, será tanto en su realidad como en su proyecto político verdaderamente revelador de una posible nueva cara para España, de una identidad propia que en la « historia inmediata » deberá singularizarle.

Desde muchos puntos de vista el Partido Carlista ha sido contradictorio. Contradicción entre su composición sociológico-popular y su actitud, entre ésta y alguna de sus opciones socialistas...

Hoy ha superado esas contradicciones. En su dialéctica política y social, como viejo partido, tiene la virtud de estar constantemente rejuveneciéndose. Hoy el Carlismo es un Partido joven situado en la vanguardia social y política. De una fuerza que hizo la guerra en el lado nacional, ha pasado, por su ideología, a ser un partido en la oposición al régimen y al sistema, con una opción original del socialismo.

La génesis de sus contradicciones es también su historia. Una historia, interrumpida, brusca, brutalmente por la guerra civil.

### *Un viejo partido*

España es probablemente una de las más antiguas tierras ausentes de la democracia. El pueblo español siempre ha deseado profundamente no sólo decidir su destino, sino también vivir según sus propias opciones, pese a que, de hecho, esta voluntad popular ha sido a menudo engañada, desviada, aplastada en el curso de las luchas populares.

El Carlismo en este sentido es típicamente español. Cuando la princesa Isabel II, apoyada por Francia e Inglaterra, sube al trono en lugar de su tío Carlos V, al que designaba la ley semisálica, un poderoso movimiento popular se agrupa en torno a Don Carlos porque éste representa la defensa de sus libertades. Ha nacido el Partido Carlista.

Ha nacido de la voluntad popular, que rehusa que se le imponga un candidato elegido por el extranjero, como rechazará que se le impongan las modas políticas que el nuevo régimen recoge de sus padrinos. Las modas de una democracia formal y caciquil, que encierra ya el capitalismo dictatorial con su corolario económico del « dejar hacer » y « dejar pasar » del liberalismo burgués.

#### *Su contenido pre-ideológico*

He aquí un movimiento popular que e alza al grito de « Rey y Fueros », justicia y libertades. Dinástico porque es político, político porque es dinástico. La Dinastía, en efecto, ha polarizado la voluntad popular que busca afirmarse. Se afirma primero por la oposición al liberalismo y a la democracia formal, a la independencia entre la Iglesia y el Estado, porque esas fórmulas políticas no están avaladas por ninguna voluntad popular. Porque este movimiento, popular e instintivo, siente la intuición profunda de la realidad que tales fórmulas encubren: la realidad de una minoría privilegiada, que pretende asegurar su supremacía social, a través de una prosperidad dirigida, en la que controla todos sus resortes. Pero una intuición popular no es, todavía, una ideología popular.

No contando con un verdadero análisis que permita a sus aspiraciones democráticas una verdadera crítica de los hechos, careciendo de una teoría y con una táctica política que se cifra en la acción y olvidando la elaboración de un proyecto conforme a sus aspiraciones, el Partido Carlista se queda en un estadio « pre-ideológico ». Así, será confesional y enemigo de todas las formas de expresión « partidistas », a pesar que, de hecho, sea un partido político. Pero en su anti-partidismo se afirma como partido de masas ante los partidos burgueses. En su fondo popular late siempre un profundo sentido democrático y parlamentario.

Existe un contenido preciso en la intuición carlista. Aunque efímero es interesante bajo muchos puntos de vista. Primero es la idea de las estructuras regionales, razón a la vez cultural, jurídica y económica de los pueblos de la península, dentro de un estado federado presidido por una monarquía popular. Después viene la idea sindical, expresión formulada por la idea gremial que, en su evolución socio-económica, conduce a la construcción de los sindicatos libres.

Sindicatos Libres que nacieron en 1919 y se formaron con los militantes obreros del carlismo, entonces jaimismo, y en cuyos estatutos se decía: « Los sindicatos profesionales obreros tienen por objeto propio y específico la defensa de los derechos del trabajo, procurando que su remuneración sea lo más elevada posible. Los Sindicatos Libres aspiran a la abolición del sistema capitalista... El arma de la huelga y bloqueo y boicot contra el enemigo la consideramos lícita... ».

Un Partido popular, con una Dinastía a su cabeza, cuya intuición política profunda hubiera debido llevarle a una solidaridad socialista como respuesta a su opción más íntima, que hoy resurge con fuerza.

Sin embargo, durante algún tiempo se ha parado, y hasta ha retrocedido, en el camino.

#### *El condicionamiento religioso permite el condicionamiento social.*

Las masas populares carlistas viven su fe cristiana con honradez y autenticidad, marginadas de las superestructuras de la Iglesia privilegiada. Denuncian, por tanto, con no menos fuerza el clericalismo abusivo y el egoísmo de una Iglesia que apoya

moral y socialmente un sistema socio-económico injusto, cuyos principios son contradictorios a los de la moral evangélica. Pero, a pesar de todo, los carlistas se ven obligados a defender los principios que oficialmente ostenta la Iglesia dominante, so pena de abandonarla, y con ella, sus íntimas vivencias religiosas.

El movimiento carlista, muy condicionado ideológicamente por esta sujeción dogmática, por el espíritu antirrevolucionario de la Iglesia de entonces, se vio forzado a rechazar por ello el esquema de lucha de clases, por el cual la sociedad comienza una nueva estructuración. El Carlismo sufre a una sociedad que detesta y a la que no llega formalmente a cuestionar. Esto lleva consigo el poder ser utilizado, en determinados momentos, por la sociedad burguesa, por la Iglesia y el Ejército; en una palabra, por los « instalados » en el oligopolio del poder.

### *El condicionamiento social*

La burguesía así, intenta y consigue, adjudicarse un puesto dirigente en las filas de esta masa popular, que antepone su fe religiosa a todo problema sociopolítico. Estos infiltrados, instruidos y aburguesados, en tanto que saben exhibir hábilmente la palabra « fueros » y hacer profesión de lealtad al Rey, serán escuchados. El pueblo sabe batirse, pero no sabe expresarse, y los aceptará hasta que se evidencien descaradamente las intenciones verdaderas de tales caciques.

El burgués planteará su ideología de clase, su visión de clase, su interpretación de clase dentro del contexto ideológico, con la pretensión de anteponerla a las aspiraciones populares. El conflicto se producirá una y otra vez entre estos burgueses o « integristas » y la Dinastía, que se pronunciará reiteradamente en defensa de los valores populares frente a los intereses de la clase dominante.

El intelectual burgués aprovechará la voluntad de libertad y de identidad popular, para empezar a tejer una sabia trama conservadora y tradicionalista, para transformar los « fueros » de las corporaciones en otros tantos elementos conservadores y protectores de su política de intereses. Pero es curioso observar que, a pesar de las facilidades de que disponen, no consiguen alcanzar sus objetivos. El Pueblo carlista sospecha de todas estas maniobras, que no tardan en aparecer con los primeros síntomas de trasvase « integrista » hacia las filas del Partido Carlista.

Sin embargo, algo consiguen. En los comienzos de 1932, el Partido Carlista perderá su propio nombre para denominarse « Comunión Tradicionalista ». Se trata, desde un punto de vista conceptual, de una verdadera mixtificación. Porque una Comunión es un grupo cerrado de personas que profesan un mismo ideal o una misma fe. El Carlismo en 1936 no es precisamente esto. Es un amplio movimiento popular que está dirigido en parte por un sector burgués y sin grandes nociones políticas ni una ideología precisa. Es, por un lado, una masa cargada de fe y de democracia y, por otro, unos grupos oligárquicos en situación desesperada, que buscan la utilización del Carlismo, ante la presión revolucionaria y filosófica marxista, para mantener sus privilegios.

Pero este término de Comunión revela el otro aspecto de esta misma « recuperación » del Carlismo por la Iglesia jerárquica y el Ejército institucional o liberal. Una Comunión no tiene capacidad operativa, no puede tener metas políticas ni visión socio-económica de los problemas que atañen a la sociedad. Esto sería « pecado ». Está allí, fiel y humilde, arma al brazo. Quiere defender a Dios y a la Patria por orden de su Rey. Se le dirá a este pueblo dónde está su Dios y su Patria, pero no su objetivo político, porque éste no es cosa suya. Sin embargo, el núcleo vivo y más politizado del Partido Carlista empieza pronto a sospechar y desconfiar de estos « integristas », y esta corriente de desconfianza se va introduciendo en el propio pueblo al observar los engaños y traiciones constantes que se producen entre tales « paladines ».

### *El elemento dinástico*

El elemento dinástico desempeñará en todo momento un papel de contrapeso político a las tentativas de utilización y « recuperación » del Carlismo. Han sido siempre los reyes carlistas los que, juntamente con el pueblo, han frenado a los intelectuales burgueses e « integristas ». En la medida en que el pueblo carlista es fiel a su Rey, en que se identifica con él, escapa parcialmente al control de la burguesía. En la medida en que este Rey tenga personalidad política, escapará a la intoxicación del intelectual burgués. En la medida en que el pueblo quiera alcanzar el poder para instalar en el trono a su Rey, como solución a la problemática socio-económica del país, este pueblo goza de una cierta autonomía política que le permite escapar a la alienación total.

Cuando Don Jaime se opone al famoso Mella, intelectual e integrista consagrado, sobre una cuestión de política extranjera, el Partido pierde con los « mellistas » su ala integrista y se agrupa de nuevo en torno a su Rey. Este era un Príncipe considerado ya progresista. El 2 de octubre de 1931 murió don Jaime sin descendencia y fue su tío don Alfonso Carlos quien le sucediera. Hombre honesto, soldado valiente, de gran intransigencia religiosa, de 82 años de edad, don Alfonso Carlos va a conceder dentro del Carlismo a los elementos más conservadores la oportunidad de elevarse de nuevo a los puestos de responsabilidad, dando al movimiento carlista un carácter retrógrado que facilitará el ingreso de otros muchos conservadores asustados por la situación del país.

Es en esta época cuando el Carlismo se ve invadido por elementos alfonsinos que, o bien consideran el pleito dinástico zanjado, al no tener don Alfonso Carlos sucesión directa, y esperan así incorporar las masas carlistas a su causa, o bien, de acuerdo con los « integristas », intentan tomar definitivamente la dirección del Partido para darle un enfoque político de carácter derechista. Pero ellos nunca pudieron sospechar que el viejo Rey don Alfonso Carlos, pese a su aparente integrismo, mantuviera la gran responsabilidad de abrir el camino del Carlismo por los cauces populares y de las libertades, rechazando cualquier solución linástica que implicase una desviación de la causa democrática y popular del Partido.

Para ello nombra sucesor a su sobrino el Príncipe don Javier de Borbón Parma, como mayor garantía de esa continuidad. El 23 de enero de 1936, en un decreto firmado en el destierro, don Alfonso Carlos nombra Regente a don Javier « ...en él tengo plena confianza por representar plenamente nuestros principios, por su piedad cristiana, sus sentimientos en honor, y a quien esta regencia no privaría de su derecho eventual a la Corona ».

### *Las guerras carlistas*

Dos guerras formales y diversidad de pequeñas guerras de partidas mantuvo el Carlismo a lo largo del siglo XIX, frente a los distintos gobiernos burgueses liberales. Aunque estas contiendas se caracterizasen por la lucha de guerrillas, estableciendo un verdadero arte en este tipo de combate, el Carlismo en sus dos principales guerras puso en pie verdaderos ejércitos regulares que, dirigidos por militares profesionales carlistas, como fue el caso del General Zumalacárregui y otros muchos, fueron ejemplo para la Europa contemporánea en el arte bélico.

El Ejército Carlista estaba compuesto en su totalidad por voluntarios, que se batieron con verdadero heroísmo en los campos de batalla. Pero el esfuerzo de estas aguerridas huestes, que hicieron sucumbir a los mejores generales liberales, nada pudieron ante la coalición de las grandes potencias capitalistas, que constituyeron la Cuádruple Alianza para combatir al Carlismo por todos los medios. Esta Cuádruple Alianza, formada por Francia, Inglaterra y Portugal y la España Liberal, envió a España las legiones por ellos organizadas para mantener a toda costa en el Trono a Isabel.

Si el Carlismo perdió estas guerras, no ocurrió así con su carácter político social, que pese a todo, conservó, y ha permitido su transformación revolucionaria contemporánea. Si la Dinastía Carlista es el elemento catalizador que ha hecho posible la existencia del Carlismo, manteniendo su continuidad, el fenómeno carlista no es solamente guerrero sino, en mucho mayor grado, político y social.

### *La gran fisura*

En el año 1931 se proclama la república en España. El Rey don Jaime, en un manifiesto motivado por este hecho, pide a los carlistas que la apoyen, siempre que represente un avance hacia las metas democráticas y sociales que el Carlismo venía persiguiendo frente a la monarquía liberal y burguesa. Pero en el transcurso de los cinco años que duró la República, el panorama cambió totalmente.

La derecha no se resigna a perder sus posiciones de privilegio. Bloquea las estructuras para impedir la experiencia republicana. Los republicanos instalados se paralizan y no proceden al cambio que el pueblo desea y necesita.

Los grupos oligárquicos saben que la República puede traer transformaciones revolucionarias. Hay que recurrir, por tanto, al fascismo, entonces en boga. Como medio más eficaz para impedir la revolución se utiliza la división del pueblo español. Existen elementos suficientes para llevarla a cabo: factores religiosos, económicos y sociales. El pueblo español se divide en derechas e izquierdas. Y el maniqueísmo aparece por ambos lados.

Por el lado de la derecha, este maniqueísmo permite dividir los hombres en « amigos de Dios » y « enemigos de Dios ».

Por el lado de la izquierda, el maniqueísmo se manifiesta por un dogmatismo democrático excluyente, en el que el bien democrático se opone a la inspiración cristiana. Intenta hacer incompatible la religión con la democracia, cuando una gran parte del pueblo español es cristiano y demócrata.

En 1936 se desgarran esta fisura, consecuencia lógica de ambos maniqueísmos.

La utilización del elemento religioso o unos y otros juega un papel capital en el estallido de la guerra civil. La Iglesia Jerárquica, sostén político de un sistema capitalista semi-feudal, característico de la España de entonces, será puesta en tela de juicio por la mayoría de las masas populares, pero esta Jerarquía acaba arrastrando tras de sí aquella otra parte de las mismas que es profundamente cristiana. Es este proceso el que forzará a estas últimas, también populares, compuestas casi exclusivamente por los carlistas, a integrarse en el otro bando.

El Carlismo, siendo popular y democrático, por defender la fe cristiana, tiene que enfrentarse con los que representan la democracia y, por ello, queda alineado junto a sus enemigos seculares (la Iglesia Jerárquica, el Ejército institucional liberal, gran parte de la aristocracia, las oligarquías económicas y la burguesía liberal), que le venían combatiendo durante más de un siglo.

Pero se da el caso paradójico de que todos estos enemigos seculares del Carlismo que hasta entonces denominaban demócratas, por « liberales », y que en cierto modo, estaban aliados con los nacientes grupos de izquierda o revolucionarios, ahora, se alían con sus enemigos los carlistas a fin de salvaguardar sus propios intereses, amenazados por la revolución popular.

En la dialéctica política y doctrinal del Carlismo puede observarse cómo siempre quedó éste frente a los sistemas capitalistas o burgueses, excepto en esta gran ruptura de la guerra civil. Este drama carlista es el que vamos a analizar.

### *El drama Carlista*

Así el drama de 1936 será también el drama de un Partido que va a vivir su

suprema contradicción. Un partido popular va a luchar en el bando de los privilegiados, de los que siempre le combatieron durante varias guerras. Un partido cristiano va a defender, quizá, una cierta estructura de la Iglesia, enfeudada con los grupos de poder y explotadores del pueblo. Un partido monárquico-democrático va a contribuir a hacer posible la instalación de una dictadura fascista. Aunque también es cierto que, apenas iniciada la guerra y al conocer las intenciones del General Franco de imponer el fascismo, el Carlismo se enfrenta con la dictadura y con sus representantes militares.

Tal contradicción fue posible por la falta de maduración ideológica de ambos bandos, y, en el Carlismo, a causa de la dirección integrista y burguesa de los últimos años, que dificultó el plasmar sus exigencias en una visión política, concreta y le hizo anteponer unas razones espirituales a su planteamiento político. Así es como vio atacada y ultrajada su libertad religiosa y no tuvo tiempo de dar a esta libertad un sentido de liberación popular. Entre las izquierdas, la intransigencia de los que se consideraban únicos portadores de la verdad democrática y revolucionaria aboca, también, el enfrentamiento bélico.

Solamente más tarde llegará la iniciación de la transformación de la Iglesia misma que, con el Concilio Vaticano II, abrirá definitivamente la puerta de la evolución y simultáneamente llegará también la evolución de los grupos de izquierdas y revolucionarios hacia un pluralismo que les posibilite para el diálogo y les hace capaces de aceptar la libertad para todos.

En 1936, el Carlismo no tenía más que un poder de compromiso con su fe, y tal compromiso se va a manifestar con una extraordinaria energía que hará de éste la punta de lanza de la guerra. Los tercios de requetés serán las unidades que el mando militar utilice para resolver las más difíciles papeletas de la contienda. Son los que se niegan a fusilar a los prisioneros, los que se oponen al abuso y al saqueo. Y a los que se puede pedir lo que sea, si se trata de combatir sin odio.

En ese mismo año el viejo Rey carlista, don Alfonso Carlos, muere en un accidente en Viena. Su sobrino, el Príncipe don Francisco Javier de Borbón Parma se hace cargo de la responsabilidad del Partido, como sucesor suyo y Regente.

Don Javier intentó buscar una solución de cambio político a la situación. Ya era tarde. El Capitalismo estaba demasiado consolidado con Franco y su oligarquía militar. Había que empezar de nuevo, con todos los inconvenientes que representa el estar comprometido en una guerra.

Afrontando esta realidad de la guerra, don Javier, con los carlistas, intenta encauzar la contienda, oponiéndose a la dirección exclusiva de los militares; pero la ola fascista, promovida por Alemania e Italia, termina por afianzar a Franco en el poder.

Don Javier se relaciona primero con los nacionalistas vascos para concluir un acuerdo de paz con el Gobierno de Euzkadi. Los militares, unidos por un compromiso inicial a los carlistas, se enteran de esta gestión, que llevaba personalmente don Javier, e impiden tal aproximación mediante bombardeos « disuasivos » (Guernica), que profundizan la separación, cada vez mayor, a partir de entonces entre carlistas y nacionalistas vascos.

El Príncipe don Javier denuncia al General Franco, en una entrevista tormentosa, la opción fascista que pretendían imponer sus aliados italianos y alemanes, exigiéndole su renuncia a esta fórmula y la constitución de una España federal, mediante el establecimiento de una política de diálogo entre las diferentes comunidades nacionales, incluyendo las democráticas que en ese momento están en frente. De esta forma, se podría evitar más derramamiento de sangre y se llegaría a la construcción de una España auténticamente democrática. Era una gran oportunidad, que no debía desperdiciarse.

Como reacción, Franco expulsa del país a don Javier, a su Jefe Delegado y a todos



sus colaboradores directos. Más tarde, en abril de 1937, impone la Unificación entre Falange y Carlismo. La Comunión Tradicionalista la rehusa solemnemente, expulsando de sus filas a todo aquel que acepte la colaboración con el Régimen. El Carlismo queda totalmente marginado, por orden del dictador, de toda intervención política en el bando nacional. Todo intento por cambiar el rumbo de la guerra se hace imposible, pero don Javier sigue denunciando violentamente el carácter fascista del nuevo Régimen.

La guerra civil de los años 36-39 ha sido el punto álgido de la antítesis dentro de la dialéctica del Partido Carlista. En su operación política negativa que, sumergiéndole en una interrogante radical, le va a permitir, partiendo de su frustración, superar sus contradicciones y entrar en el mundo del análisis y de su evolución ideológica en una nueva etapa.

### *La post-guerra*

El Carlismo, en el transcurso de los primeros años de la postguerra, se refugia en sus cuarteles de invierno. Su presencia es débil, pero firme y contundente en la condena del régimen fascista que sustenta al General Franco en el poder y, por esto, es perseguido con saña. La mayoría de sus dirigentes se encuentran en la cárcel o sufren destierro. En sus filas todavía permanecen muchos integristas, que empiezan a ceder sus puestos de privilegio ante la necesidad del cambio que las nuevas generaciones exigen.

Una vez finalizada la guerra civil española e iniciada la mundial, el Príncipe don Javier, desterrado en Francia, es arrestado por los nazis por su colaboración activa con el maquis francés, deportado a Dachau y condenado a muerte, acusado de « jefe comunista ». Escapará de la muerte gracias a la ayuda de los compañeros españoles y polacos que quemaron las fichas de la prisión. Acabada la guerra, logra restablecer sus contactos con el Carlismo.

En 1946, don Javier, que ya ha regresado de Alemania, pasa la frontera y penetra en España clandestinamente. Comprueba el estado letárgico del Carlismo. La fidelidad popular es todavía evidente, hay entusiasmo en todos los lugares donde se presenta, pero su estructura política es casi nula. El primer objetivo que se programa, con algunos de los dirigentes que puede agrupar, es reconstruir un partido político con garra, para lo que es preciso rehacer las estructuras a todos los niveles.

Cuidará primero de mantener la desconfianza hacia el Régimen, pero, al mismo tiempo, es necesario no asustar al mismo. Hay que buscar un difícil equilibrio entre estas dos posiciones.

Don Javier, con visión europea, puede juzgar con toda objetividad los inconvenientes que va a encontrar en su lucha contra el fascismo del régimen, pues éste cada vez se cerrará más para defender sus posiciones. No obstante, intenta el diálogo. Orienta a los dirigentes del Partido hacia una apertura en el diálogo con los hombres del franquismo, pero este intento fracasa. No se puede decir que el Carlismo en esta etapa mantuvo una postura de intransigencia. Fue el Régimen el que no permitió el diálogo, porque sólo admitía la sumisión.

Pero el resultado de este intento fue la posibilidad de que el Príncipe don Carlos, hijo de don Javier, y sus hermanas las Infantas pudieran vivir en España y trabajar activamente en la reconstrucción del Partido. Tras una etapa de preparación y de puesta en marcha del Carlismo, don Carlos, en 1957, se presenta oficialmente a los carlistas en Montejurra y les propondrá nuevas fronteras que presagian una verdadera dinámica política para el Carlismo.

En 1968, por orden expresa del dictador, toda la Familia Real Carlista es expulsada de España.

## LA EVOLUCION

### *La era ideológica*

La iniciación ideológica en esta nueva etapa obedece a un proceso voluntarista. Se trata de volver a sentirse como comunidad y como partido y de poner al día los ideales y las trascendencias, que dominan a esta comunidad, y a las cuales hace constantemente referencia el lema de Dios, Patria, Fueros y Rey. Pero es una referencia que, en esos momentos, no está animada por ninguna dinámica real porque queda después, y no antes, de la marcha política y es ajena a la identidad de esa comunidad. Porque toda comunidad puede hablar de sus trascendencias en la medida que ello responde a un proyecto, y ese proyecto, en esos momentos, aún no se define. Es entonces, tras una pausa, cuando el Carlismo comienza una nueva etapa política.

Cuando se trata de una comunidad como el Carlismo, el proyecto debe ser fruto de una voluntad popular. En esta dinámica fue donde nació el Pacto histórico y su constante renovación.

Se establecen entonces las bases de un nuevo Partido. Una estructura real a nivel de organización y al nivel ideológico, que busca relaciones verdaderas entre referencias abstractas trascendentales o históricas, y un proyecto concreto vivido a nivel de un pueblo. Asentado el postulado ideológico, conducirá al Partido, aunque lenta y difícilmente, a la evolución ideológica, es decir, a abandonar estructuras mentales y políticas dadas, como expresión de un ideal ya caduco, para formular éstas según una dinámica progresiva, fruto de una experiencia, traducción constante de una lucha política concreta. La evolución ideológica no se puede separar de la transformación organizativa, pues forma con ella la trama de la evolución propiamente dicha.

### *Etapas de la evolución*

Hay dos maneras de ver la evolución en un grupo político. En el plano histórico, recorriendo las etapas de su acción progresiva. O bien examinando los diferentes aspectos negativos y positivos, para reunirlos por fin en lo que es el resultado de esa evolución. Esto es lo que hace ahora el Carlismo.

La posición del grupo dentro del concierto democrático, determina una evolución.

En el Carlismo ha sido progresiva. Así podemos considerar diversas etapas de avance en la evolución del Partido. En un primer período se puede considerar el Carlismo como la afirmación de una comunidad política.

Hubo un grupo o sector progresista en esta evolución del Partido frente a un grupo integrista que se resistía a ella. El pueblo carlista siguió la marcha progresista. Este grupo, con don Carlos a la cabeza, se propuso hacer del Carlismo un verdadero Partido de masas, o bien, más necesario en aquellos momentos, un partido de vanguardia, capaz de formar y de integrar las masas. Sus resultados son evidentes.

Había que empezar por una reestructuración orgánica y por una politización interna intensiva. El objeto de esta politización fue primero la afirmación de la voluntad política del Carlismo, su afirmación como partido político. Durante años, el objetivo inmediato había sido la presencia de la Familia Real en el seno del Carlismo, dado que aquella, por las vicisitudes de la guerra y la persecución del franquismo, tuvo que estar ausente durante largo tiempo; se trataba de la presencia del Carlismo en el seno del mundo político, de su capacidad de presentar un proyecto programático, real, de desarrollar una dinámica carlista que correspondiera a su ideología de lucha popular.

Había que tomar las medidas para arrancar al Carlismo de su « angelismo » con respecto a la vida política. Por ello se llega a la reestructuración constante del Partido, que trata de colocar en puestos directivos y de responsabilidad a hombres de voluntad política.

Por otra parte, el permanente contacto de la Dinastía con el pueblo carlista y con la realidad española, hacen despertar en ese pueblo una verdadera esperanza de liderazgo. Don Carlos y sus tres hermanas despliegan una auténtica actividad política que llega a todos los rincones de la vida española en sus diferentes manifestaciones sociales, económicas y políticas.

El gobierno franquista, que al principio no dio excesiva importancia a esta campaña política, descubre pronto el crecimiento político del Carlismo y su evolución, tanto ideológica como orgánica, que empieza a suscitar una verdadera adhesión.

El Partido se organiza, lucha en todos los frentes contra los que, desde el interior y el exterior, no quieren ver afirmarse su voluntad política. Los que en un principio no valoraban esta evolución del Carlismo, pronto se percatan de que es tarde para reaccionar. El Pueblo Carlista ha encontrado su propia esencia. Sale de un idealismo conceptual, desprendiéndose de una actitud folklórica, para pasar a una lucha política de conquista, frente a las estructuras socio-económicas del régimen capitalista franquista.

La segunda etapa, la segunda fase de su evolución política, se caracteriza por la democratización de la voluntad política, tras el profundo análisis a que ha sido sometido todo el cuerpo del Carlismo por sus militantes más activos, promocionados por don Carlos.

Es la democratización como opción ideológica, como práctica política. Pero este fenómeno no puede producirse por generación espontánea. Es necesaria la participación de muchos y esta participación debe nacer tras el análisis. Pronto se observa que el pueblo espera esta opción, que anhela su profundización y que las barreras de los integristas se ven salvadas ante esta promoción y participación del pueblo en la construcción de la ideología del Partido.

Se trata primeramente de plantear una opción ideológica en la prolongación de la afirmación cristiana de la libertad, de la responsabilidad política, en absoluto contradictoria con los principios cristianos, sino más bien afirmación de los mismos. Renace la responsabilidad colectiva, de la opción comunitaria, cara a un destino de libertad y de justicia. El Carlismo tiene conciencia de que es un partido político. Un partido político de masas en acción. Este concepto de partido describe la identidad, la acción, la voluntad de lo que es la comunidad carlista, aunque en algunas épocas fuese rechazada por los grupos integristas infiltrados en el seno del Carlismo.

Los defensores del integrismo, preocupados porque sopla el viento de la libertad, inquietos al ver su ambición de dominio amenazada y al oír pronunciar constantemente la palabra « democracia », intentan rebelarse, pero es tarde. Su pretensión de ostentar el monopolio de la verdad, es descubierta y denunciada como un arma psicológica para mantener al pueblo postrado ante su voluntad de grupo. La lucha significa también una reestructuración interior para aceptar la jerarquía, la realidad del Partido frente a su constante presencia ideológica.

Este periodo es difícil centrarlo históricamente. Se caracteriza por el análisis político, por la consulta abierta y constante a todos los carlistas ante los problemas reales y fundamentales que tiene el Carlismo, por los « cursillos políticos », verdaderos instrumentos de la transformación del Partido y medios para la promoción de los carlistas, y por una nueva lucidez ideológica.

Los cursillos son organizados por los militantes más comprometidos, situados en los puestos de responsabilidad del Partido. Han participado en ellos miles de carlistas, en su mayoría jóvenes. Todos los carlistas han tenido la oportunidad de participar en la transformación del Partido y aportar con plena libertad sus ideas, bien a través de los cursillos o de asambleas y contactos directos con la Dinastía. Don Carlos, en el transcurso de cuatro o cinco años ha establecido contacto con miles de carlistas para oírles, explicarles y hacerles participar en la evolución.

### *El compromiso del Partido. La opción socialista.*

El Carlismo tiene conciencia de ser un Partido político, popular y democrático. Si durante algún tiempo abandonó esta característica, la razón es que los que intentaron utilizar el Carlismo para sus fines, integristas o burgueses, buscaban hacer del mismo un partido burgués o de cuadros, utilizando sus masas para que únicamente les diesen su asentimiento, pero no su participación y responsabilidad. La realidad del partido burgués no cubre más que el dominio de una clase.

Los partidos de la izquierda, que entonces se iniciaban, se enfrentaron al Carlismo, en primer lugar por razones religiosas, y también porque veían en él al defensor de unos intereses coincidentes con los de la burguesía o de las clases dominantes. Pero la razón popular y democrática prevalecía en el pueblo carlista y con el tiempo volvió su conciencia de Partido democrático.

Es sólo como partido de masas, como un partido puede ser portador de democracia y condición de la democracia en la sociedad. La democracia no tiene sentido, si se organiza como el caso de las democracias formales, por y para elementos que, sirviéndose de ella, se convierten en dueños de la sociedad. En una palabra, la democracia formal no se acepta históricamente sino como preliminar de la democracia socialista. Esta es la interpretación que hace el Carlismo y este es el esquema histórico de su propio avance, de su dialéctica: de la lucha desde la clandestinidad a la democracia, de la democracia formal a la democracia socialista.

Aquí no hay ninguna intervención mágica. Es la difícil y necesaria toma de conciencia popular, la formación de su identidad a través de experiencias positivas y negativas, de aciertos y desaciertos.

El sentido democrático característico del Carlismo ha provocado grandes corrientes de inquietud, que algunas veces han sido deformadas y desviadas. Desde una verticalidad, que impedía el dinamismo, hasta un sentido contrario de ultrademocratismo formal, que se utilizó en cierta época. Peligroso éste último para un grupo clandestino y que permitió, además, en un momento dado, cuando el Partido estaba realizando su evolución, a ciertas capas burguesas, refugiarse y servirse de ello para intentar asegurarse un dominio, que cada vez perdían en mayor grado, y que tenían como meta bloquear la evolución socialista que no les convenía.

Al contrario, el estado democrático les parecía ideal, en la medida en que su presencia se hacía indispensable y hasta suficiente. Estos grupos, apoyados inconscientemente por otros ultrademócratas, toma, o intenta tomar, el relevo integrista y, para impedir la evolución, no dudan en evocar la democracia que ellos no han practicado jamás, convirtiéndose así en el obstáculo a la evolución colectiva.

El Partido descubre entonces más claramente « su » realidad democrática. La democracia es la promoción de la responsabilidad popular y, por tanto, es necesario una autoridad que permita transformar y a veces romper los obstáculos que intentan impedir la participación. La necesidad interior conduce a la conciencia popular a un análisis de la situación, donde se vuelve a encontrar con los límites para la promoción popular y con los obstáculos a vencer.

Así la progresión dialéctica se ve experimentalmente confirmada. La exigencia trae una verificación de la teoría, una revivificación de la teoría, en cuanto se trata de fenómenos sociales. Permite la conceptualización de los términos de esta experiencia y la formación de un instrumento de análisis posterior, que le permita en adelante seguir orientando los hechos.

### *La otra nomenclatura*

Sería ahora interesante examinar el proceso de la evolución no en su aspecto lineal, sino en un orden de categorías y de valores, es decir, a través de las diferentes reali-

dades políticas que cubran el conjunto del proceso. Para ello, basta volver a las contradicciones iniciales, a fin de ver cómo el Carlismo puede superarlas.

Partido popular y conservador. Era popular por su esencia y por su estructura, y era conservador accidentalmente, por razones espirituales y consuetudinarias antes que por razones socio-económicas. Pero ese accidente hubiera podido transformarse fácilmente en esencia, en la medida en que la opción ideológica acaba por determinar la composición sociológica de un grupo. La superación de la contradicción se hizo de manera muy simple, mediante una opción. Esta fue la democratización de las élites.

En la estructura anterior del Carlismo, las élites eran en su mayoría sociológicamente o ideológicamente burguesas. Un partido revolucionario y popular no puede ser dirigido por castas ni por élites independientes de la base popular, ni ajenas a la lucha democrática. El Carlismo tuvo que promover con cierta celeridad a núcleos de esa base, constituyéndoles en vanguardia de la lucha, en élites avanzadas. Para ello fue necesario democratizar a éstas. Dar acceso a las zonas de responsabilidad y de dirección a líderes forjados por la base en su lucha popular. Esta fue una misión, una primera etapa, que se fijó la Dinastía.

El relevo en los cuadros de mando no se hizo esperar. Pero también hay que apuntar que, aunque en su mayoría fuesen hombres provenientes de la base, muchos de los antiguos dirigentes se convirtieron a una ideología profundamente diferente. En la actualidad, tanto este aspecto del origen popular de los responsables o del origen popular de la ideología, sirve de referencia para la democratización de las élites.

Desaparece la contradicción. El Partido Carlista vuelve a ser popular y progresista. Su oposición visceral al Régimen, profundamente sentida desde la misma guerra civil, se hace así oposición ideológica a lo que es fundamental en él: el capitalismo y el fascismo, como corolario político, especialmente en el contexto de las estructuras españolas.

Se produce un hecho psicológico preciso en el Carlismo. Este hecho es el abandono del Partido por parte de los privilegiados y de sus defensores. Y esto permite que se inicie el diálogo con otros partidos populares y revolucionarios.

Hubo otra contradicción. La realidad de un Partido popular frente a la actitud impuesta por muchos de sus dirigentes de « Club político ». Esta actitud provenía del angelismo del Partido, o, mejor dicho, de la « razón » providencial para mantener la existencia del mismo. Uno pertenecía al « club » para criticar, para enfrentarse teóricamente a una situación en la que estaba integrado pero que moralmente no podía aceptar. El superar tal actitud no era fácil. Los intereses de muchos de los cuadros o dirigentes del Carlismo, eran los intereses de los instalados o quedaban plenamente dentro de las estructuras socio-económicas del régimen. Y, por ello, había que guardar la compostura, la protesta, sin intervenir, sin dar la batalla.

El cambio revolucionario del Carlismo hace nacer en sus militantes el compromiso ideológico, la conciencia lentamente adquirida de que es un partido de masas, partido escuela para enseñar al pueblo a expresarse, a luchar políticamente. También implica la noción de compromiso personal. Ya no basta ser un simple partidario fiel como en los tiempos del anterior Carlismo, un adherido como en los tiempos del Carlismo « liberal ». El militante Carlista actual es un ser totalmente comprometido en la ideología y en la práctica. La tarea política no corresponde sólo a sus opciones fundamentales, sino que llega a ser la expresión misma de esa opción. Lo esencial de la vida, el ideal transformado en praxis. La Comunión, por tanto, vuelve a ser partido de masas y, realmente, Partido vanguardia.

La contradicción de partido « nacional » durante la guerra civil con la de partido revolucionario hoy día, queda superada con la alternativa socialista, fruto de la superación de las otras contradicciones por la opción voluntaria de todo el grupo.

El Carlismo con sus esencias, con sus hombres, con su ideología, con su fuente cris-

tiana y socialista, ha pasado del bando de la « derecha », sin ser derecha, al bando de la « democracia », siendo demócrata. Estuvo un tiempo en el sitio que no le correspondía y por razones que también el bando de las democracias había abandonado, y que hoy ha recuperado: el pluralismo socialista y la libertad religiosa.

## EL CARLISMO ACTUAL

### *Su estructura*

Se trata de un partido revolucionario. Dirigido por una Junta de Gobierno constituida por los Jefes Regionales representativos de todas las regiones españolas. Bajo la presidencia del Príncipe y líder del Partido don Carlos Hugo, en quien su padre, don Javier, delegó desde hace dos años, tras el grave accidente que sufrió, su poder para dirigir el Carlismo. La Junta de Gobierno, presidida por el Rey o por el Príncipe, es el ejecutivo del Partido. Son las Asambleas Populares, locales, las que ejercen la función parlamentaria. En ellas se debaten las opciones ideológicas y la línea de actuación sobre un proyecto presentado por la Junta de Gobierno.

Una vez debatida, enmendada y elaborada la Línea Ideológica y de Actuación, los delegados, portadores de mandato imperativo, forman una Asamblea de un grado superior, regional. El mismo proceso conducirá a nuevos mandatarios, siempre portadores de mandato imperativo, al Congreso del Pueblo Carlista, que se reúnen una vez hayan sido concluidas las asambleas populares en cada ciclo correspondiente.

Es en el Congreso del Pueblo Carlista, sobre la materia de las decisiones tomadas, por la confrontación de las tesis de que son portadores los delegados, donde se pacta con el Rey para que, con su gobierno, tome la responsabilidad del nuevo período político, según el documento que fija la Línea Ideológica.

### *Un proyecto político del Partido*

Es un proyecto ideal, elaborado en el seno del Partido, pero también es un proyecto inicial que el Carlismo presenta a la sociedad española.

El Carlismo, en este proyecto y como continuador de sus esencias populares, se define a sí mismo como partido de masas y socialista. Su socialismo se proyecta en el pluralismo político, en las libertades regionales y en la autogestión global. Su forma de gobierno es la Monarquía Socialista.

Pretende el Carlismo que este proyecto, susceptible de evolución y perfección, sirva de base para la participación del pueblo español y haga suyo lo que verdaderamente sea incorporable al devenir democrático español. Ni es una operación de dominio e imposición lo que persigue el Carlismo, ni un abandono de lo que el pueblo debe hacer suyo en un proceso democrático y de libertad.

### *Sus principios rectores*

La libertad política la entiende el Carlismo como la libertad social, la libertad de los grupos sociales, que precede a la libertad personal no para restringirla, sino para darle un sentido social comunitario. Así, su campo de ejercicio será más amplio y podrán practicar todos por igual. La libertad es el derecho de todos y no el privilegio de algunos. Sobre todo, es la libertad creadora y no la libertad de sufrir una sociedad impuesta y constituida por intereses ajenos al pueblo.

La justicia no conduce solamente a la redistribución de los bienes materiales, sino a la redistribución de los bienes de la cultura y la responsabilidad política. La democracia debe profundizarse y extenderse a toda la actividad humana y no ser solamente una mera actitud política, que se limite a la democracia del voto en un momento dado, sino que debe constituir el control y la creación constante, mediante la plena participación del individuo y de la comunidad.

Existe en la formulación de estos principios toda la dinámica mística y también la vieja fidelidad dinástica, hoy vivida en un sentido distinto, ya que no se trata de una « reverencia » sino de la antigua costumbre de luchar juntos y de esperar juntos la victoria. Esta victoria, que ya no es para el pueblo carlista el triunfo del Carlismo, al menos únicamente del Carlismo, sino la victoria del pueblo en una España democrática y en libertad política que ejercite el pluralismo sin ninguna restricción. En este sentido el Carlismo tiene un importante papel que jugar.

#### *Las nuevas estructuras*

El Carlismo propone en su proyecto político unas nuevas estructuras políticas, sociales, sindicales y regionales, para romper con la alternativa continuista del fascismo. Frente a esta alternativa, que supone represión estructural y represión violenta, propone la revolución estructural con la elaboración desde la oposición de estructuras nuevas que, en su resurgir derriben a las viejas, mantenidas por el régimen franquista.

El Carlismo propone estructuras mentales nuevas, en primer lugar. La revolución es el comienzo de un cambio de costumbres, de referencias mentales, un cambio cultural, en la medida en que haya cambio de valores o una diferente interpretación de los mismos. Y también en la medida en que esta interpretación no esté hecha por grupos cerrados determinados, sino que sea el fruto de una experiencia y de una voluntad comunitaria. Una revolución democrática de auténtica participación popular.

#### *Las estructuras políticas*

El estado franquista se caracteriza por sus estructuras totalitarias interdependientes, tanto en el terreno político como en el social y económico. Existe un solo órgano o partido, que es el « Movimiento », bajo la dependencia política del Estado. Persiguen, mediante las mayores condenas y penas, a los partidos políticos y el pluralismo de libre expresión.

El Estado futuro, según el proyecto carlista debe basarse por el contrario, en la pluralidad política y en la realidad de los partidos políticos, expresión de las corrientes y opciones ideológicas de la sociedad.

El Carlismo, como todo partido popular, tiene una visión particular del partido político. Considera al partido como órgano de la democracia popular, escuela de lucha y promoción política y portador de cultura propiamente dicha. Induce al hombre a comprometerse frente a su comodidad. La cohesión del partido popular se basa en el compromiso ideológico y en la práctica política de sus militantes. El Carlismo mantiene, en su lucha actual para plasmar esta cohesión, los principios de unidad. Unidad ideológica, con una ideología ampliamente debatida en su seno. Unidad orgánica que permite una acción eficaz. Unidad de acción, que, partiendo de las anteriores unidades, permite al Partido alcanzar los objetivos propuestos.

Mantener esta cohesión y unidad supone una autodisciplina doblemente necesaria para la promoción de la base y para la lucha política.

Los partidos políticos clandestinos en la España oculta, aún combatidos y perseguidos, continúan, pese a ello, su tarea de formación, de promoción y de compromiso, desplazando con su presencia y su actuación el monismo político, fundamento del sistema fascista. Su función es revolucionaria frente a la historia inmediata.

En el estado futuro la función de la expresión ideológica es tan importante que el Carlismo le concede una representación proporcional en la Cámara, según el estatuto de representación comunitaria: Es decir, cada diputado representará a su partido y no a toda la nación, según el concepto individualista de la democracia formal. Son los partidos, en su pluralismo, los que representan a la nación.

El Partido popular, por la disciplina que impone a sus delegados, por el contacto que mantiene con su base, es realmente portador de una participación, de un control,

de una creación política constante. Por el contrario, la democracia formal sitúa la gestión muy lejos de la base en el espacio de la responsabilidad política, porque los delegados de los partidos burgueses no se atienen a una estricta disciplina hacia su partido. Lo dominan en vez de someterse a la autoridad colectiva del mismo.

### *Las estructuras económicas y la autogestión económica*

El Estado franquista no es, en el fondo, más que la « superestructura » política de un sistema socioeconómico. Sistema que no es sino el de un capitalismo muy concentrado y compensado, porque son los mismos grupos, los mismos hombres, los que dominan a la vez el sector bancario y el sector industrial, aliando elementos de capitalismo feudal con elementos de capitalismo tecnocrático. La dinámica tecnocrática ha sido la « vía real » del capitalismo español, al tiempo que su talismán, para conjurar el futuro, dirigido y protegido por un « despotismo ilustrado » de carácter fascista.

Para cambiar este capitalismo, la vía socialista se fija siempre sobre los medios de producción, piedra angular de la realidad económica. Pero si arrebatamos estos medios a las personas, a los grupos nacionales y multinacionales, hemos de presentar la forma mediante la cual el desarrollo económico adquiera otras dimensiones.

Es a la sociedad a quien corresponde esta función. Hay que socializar los medios de producción, sustituir la noción de « derecho de propiedad » por el de responsabilidad. Responsabilidad de los que consagran su vida a la empresa industrial o agrícola, a la par de su responsabilidad municipal, regional y política, porque la empresa afecta no solamente a la comunidad de productores directamente, sino también a la comunidad donde ella se asiente geográficamente.

Esta socialización de los medios de producción ataca la base misma del capitalismo tanto nacional como internacional, tanto en sus aspectos feudales como los ultramodernos, porque unos dependen de los otros.

Pero la autogestión no es solamente la autogestión de la empresa. Es la autogestión a nivel provincial, regional y nacional o la socialización del Plan. Es la participación y la responsabilidad de toda la sociedad en la planificación y realización económica del país, a través de las vías en las cuales el hombre discurre dentro de la misma sociedad.

En Sindicato debe ser el instrumento de la sociedad para elaborar el Plan económico, en plena coordinación con las otras representaciones (ideológica y regional), pero corresponde al Estado la puesta a punto de su aplicación, garantía de su eficacia.

### *Las estructuras sociales nuevas*

Las clases sociales son fruto de una estructura dada. El proyecto carlista, puesto que su propia mística la que le lleva a no admitir la discriminación de clases, reconoce a todos los miembros de la comunidad con exactamente los mismos deberes y derechos, en su condición de productores al nivel que sea. Productores libres, es decir, productores que fijen ellos mismos las finalidades sociales y técnicas y contribuyan a la redistribución de la producción. Para el Carlismo no pueden existir las clases sociales, sino responsabilidades diferentes en la sociedad.

No puede el hombre quedar sometido a una clasificación, basada en privilegios de clase o de herencia, o cimentada en la cuantía de la propiedad. Habrá, sí, responsabilidades. Responsabilidades canalizadas a través del pluralismo que ostentan los órganos políticos, sindicales y regionales, por la confrontación de sus diálogos a la escala local, primero, y sucesivamente hasta llegar a la escala federal.



### *Las estructuras regionales*

Los fueros. El derecho regional, la libertad regional, la identidad regional, es todo lo que quiere decir la palabra « fueros », vieja reivindicación carlista. Ahogada durante la era liberal y aplastada, sobre todo, por el fascismo.

La afirmación de la identidad del país en todos los órdenes es, con el crecimiento de los partidos populares y de los sindicatos clandestinos, el hecho político y social de mayor trascendencia de la España contemporánea. Sobre todo en los países, dentro del estado español, que, por diversas circunstancias, han conseguido preservar su responsabilidad. La noción de país o de región está más allá de toda especulación retórica. Hay que verla en una óptica ideológica.

El Carlismo cree que el federalismo se debe fundamentar en la dinámica de la revolución de estructuras sociales. Si no este federalismo correría el riesgo de ser el terreno ideal para un capitalismo que, desde el interior de España, siguiera colonizando a las regiones pobres en beneficio de las ricas, absorbiendo la savia de aquéllas y el esfuerzo de sus hombres.

Impediría, por tanto, a los países mantener su identidad popular. Los países donde el sentimiento regional viene siendo promovido por la burguesía no tienen personalidad propia, porque si la burguesía no está aliada a las capas populares, acaba siempre potenciando el sistema capitalista, para ellos, y el Pueblo queda marginado.

No consiste nuestro planteamiento en alcanzar la autonomía de dos o tres repúblicas independientes y enriquecidas, frente a un conjunto de regiones empobrecidas y alienadas ideológica y económicamente, como consecuencia de una falsa democracia y de una falsa libertad. La revolución regional debe alcanzar por igual a todas las regiones o países. Esta es la primera misión del federalismo.

Existe una colonización interna, debido a una cierta enfeudalidad que impide a los países pobres, despersonalizados o por nacer, tener un puesto en el seno de la federación. Existe una colonización externa, por la que las zonas más ricas reducen a los países pobres al nivel de submercados de los países ricos. Esta es la dinámica del capitalismo, tanto en España como en el plano internacional. Y esto es lo que hay que evitar que se perpetúe en España.

Por ello, hablando de autonomía y derecho regional, es preciso hablar también del cambio de estructuras sociales que modifique las relaciones de dependencia actualmente existentes entre las regiones.

Se debe buscar tanto la libertad de los pueblos como la de las personas. El mejor fundamento para la libertad de las personas colectivas, que son los pueblos, es que alcancen una igualdad de oportunidades entre ellas, que hoy día no existe. Es el Estado Federal el que debe encargarse de establecer, en la medida de lo posible, una legislación adecuada a esta igualdad de oportunidades, con un concepto revolucionario y realista. Interesarse en el problema de los países, es, a la vez, reconocer al Estado Federal una función de árbitro en su ejercicio, y no únicamente en teoría, con un sentido platónico. Es la única manera de conseguir que exista una verdadera solidaridad dentro del pluralismo de los pueblos en estos países.

### *La Monarquía Socialista*

El fenómeno monárquico en el Carlismo se sale de la esfera de las formas de gobierno para insertarse en la de las formas de poder. Aquí la monarquía es el armazón del poder político, la soberanía política de una democracia socialista, que encierra la soberanía social. Es el necesario soporte que puede hacer posible la revolución carlista y darle continuidad. Puede ser « el momento permanente ».

Históricamente, es un hecho existencial, en el que una Dinastía ha jugado el papel polarizante de las voluntades de los pueblos y de la voluntad autónoma del Partido Car-

lista, transformándose lo que ayer fue mito, en lo que hoy es elemento conductor de la progresión ideológica y práctica, que hará posible y continua la revolución. La monarquía ha sido para el Carlismo algo circunstancial como forma, pero imprescindible como motor que impulsa al partido a la lucha y a su permanencia. Es el « momento permanente » para que la realización política no sea precedera.

Aquí se aprecia el valor de este « momento permanente », que plasma la voluntad política y revolucionaria, para explicar este fenómeno político monárquico carlista que, sin ser una concepción clásica de la monarquía, expresa un hecho real y experimentado en el transcurso de siglo y medio, para llegar a la formulación de unas estructuras que encierran libertad y unidad, revolución y democracia, contradicción y continuidad.

Ha permitido que el fenómeno revolucionario no sea la elección de una minoría, sino que sea opción colectiva de la base, porque tenía la autoridad moral suficiente. Porque conserva la suficiente confianza de la base para permitir que se plantease la problemática del cambio de estructuras. Y que, más adelante, a través de la doble presión de la base y de la Dinastía, sean salvados los serios obstáculos sociales que se oponían a esa evolución.

El fenómeno de la evolución es actualmente irreversible. Si el Príncipe líder ha podido determinar en el seno del Partido una dirección ideológica concreta que permita a los militantes tomar decisiones, ahora, es el Partido el que fija esta dirección, pactando con el monarca. Sólo será líder en el Partido aquel Príncipe que respete fundamentalmente la ideología, aunque sea él quien inicialmente la haya promovido. La lealtad se ha transformado en voluntad de lucidez y de compromiso, que consolidará todavía más las relaciones partido-líder bajo una forma monárquica, que garantiza esta revolución hacia el futuro, por su continuidad.

Por propia experiencia el Partido Carlista construye su teoría en cuanto al porvenir. El Carlismo propone un Estado Federal, con una Monarquía (árbitro de los poderes sindicales y regionales), comprometida hacia la estructura socialista. Lo mismo que hay monarquías comprometidas para garantizar el parlamentarismo burgués, así la monarquía carlista garantiza el socialismo con la existencia y defensa de los cuerpos intermedios.

Pero serán las fuerzas populares, el pueblo constituido políticamente en sociedad, quienes determinarán su porvenir soberanamente. Nosotros ofrecemos la oportunidad de unir el pluralismo y autoridad, la soberanía popular y la autogestión global.

## CONCLUSION GENERAL

### *Un proyecto a corto plazo*

Lo que hemos expuesto anteriormente son las grandes líneas del proyecto que a largo plazo propone el Carlismo al Pueblo español. El proyecto a corto plazo es un proyecto que abarcando la situación inmediata prevé la actitud del Partido frente a esta situación. El cambio revolucionario comienza por la revolución cultural y la revolución política. Ambas se fundan en el esfuerzo de promoción política que hacen los partidos populares, como es el propio Partido Carlista.

### *Los medios de este proyecto*

En ambos casos ningún partido, ninguna fuerza social, puede actuar sola.

Dirigiéndose al Congreso del Pueblo Carlista de 1972, para concluir los debates, don Carlos Hugo declaró que no se trataba de concluir alianzas, en el sentido burgués de la palabra, entre estados mayores de los partidos, sino que los partidos y las fuerzas sociales de España se pongan de acuerdo sobre las metas comunes, y que la dinámica que supere este acuerdo sea desarrollada por las bases populares de estos partidos.

Estas metas comunes son: en primer lugar, el derrocamiento del régimen fascista a través del aislamiento progresivo y de sus propios elementos básicos, con la promoción de la conciencia popular para alcanzar la libertad; y en segundo lugar, el establecimiento de un período constituyente con un gobierno fuerte de transición, que tenga el apoyo de todas las fuerzas actualmente democráticas, cuyo diálogo se presagia cada vez más coherente, y con el reconocimiento de todas las libertades ciudadanas.

Estas son las dos grandes metas comunes de la oposición.

Dos concepciones opuestas animan a la oposición. Los que optan por el capitalismo compensado, dentro de una democracia burguesa, y los que, ansiosamente, buscamos el cambio de estructuras para crear el socialismo. El primer paso, la primera meta, de derrocamiento del régimen, lo más probable es que lo tengamos que dar juntos.

La opción capitalista, fuera de todo criterio serio, es de todas maneras difícil de concebir en un país de extrema concentración capitalista y de extrema interdependencia de estructuras, a las cuales sólo la opción socialista puede asegurar verdaderamente una alternativa. Tal es el caso de España.

El Carlismo, igual que otros partidos populares, es partidario de un socialismo, de un socialismo pluralista y democrático, dentro de una óptica absolutamente específica, bajo una forma de autogestión. En cuanto a la democracia formal, reconocería la etapa intermedia para llegar al socialismo, si la elección mayoritaria de las demás fuerzas sociales, presentes en el consensus de la España democrática, la escogiera. Entonces se reservaría impulsar, con las fuerzas que opten por el socialismo, un frente específico que ya anunció en Montejurra 1973: El Frente Democrático Revolucionario.

#### *El papel del Partido Carlista en el seno de la oposición.*

El Partido Carlista puede representar dentro de la oposición un papel particular. No tiene animadversión hacia nadie y, por tanto, puede cimentar las fuerzas de la oposición. Además aporta la experiencia de su autorrevolución, del progreso hacia la militancia de millares de carlistas de todas las clases sociales. El Partido, pues, ha demostrado su capacidad para comunicar su mística revolucionaria a clases sociales diferentes. Ha sido capaz de conjugar el concepto cristiano y la opción socialista, de aproximarse a la vez a las corrientes de cristianos de base y a los partidos que las anima.

Frente a un gobierno que, por su intransigencia y anquilosamiento, está abocado a llevar al país a una nueva guerra civil, el Carlismo propone la única alternativa democrática y política: un gobierno de transición caracterizado por el pluralismo y la firmeza, que lleve paso a paso hacia el cambio de las estructuras que, por dar prioridad a valores característicos de una sociedad verdaderamente humana, permita la creación de una dinámica común a todas las fuerzas de la oposición democrática. Esto es devolver al pueblo su soberanía.

Nº 1. -

Febrero 1.975

**IM** CUADERNOS  
★ editados por el partido carlista

R 1975  
VARIA - II